

ANNA DÉDALUS DETECTIVE
VOLUMEN 3

EL MISTERIO DE LA MONTAÑA MUERTA

Miguel Ángel Giner Bou
Susanna Martín



andana
gràfica AH



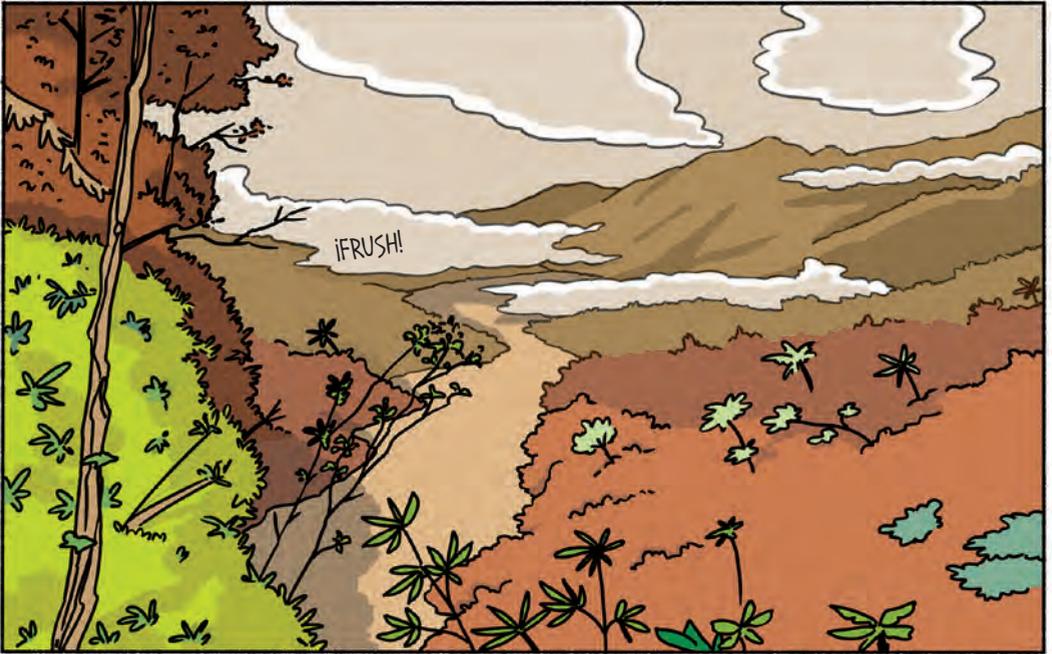
ÍNDICE

El reencuentro.....	7
Coronel Ferdinand von Wanderschneider.....	35
El incidente del paso Diátlov	41
La decisión.....	49
El viaje.....	55
Primeros problemas.....	67
En el tren.....	75
El paso Diátlov	83
Sombras en la noche.....	91
La recreación.....	99
El barranco en el bosque.....	111
Viaje al fin de la noche.....	131
La aparición.....	135
El cuaderno, el origen.....	145
El viajero del tiempo.....	173
Final.....	185

EL REENCUENTRO

POR ANNA DÉDALUS







¡CORRE, TÍO
EUGENE!



UF, UF, YA... YA ME
GUSTARÍA A MÍ LLEVAR
VUESTRO RITMO.

YO... YO NO
ESTOY HECHO
PARA ESTO.



¿QUIÉN ME
MANDA A MÍ A METERME
OTRA VEZ EN ESTAS
AVENTU...
AVENTU...

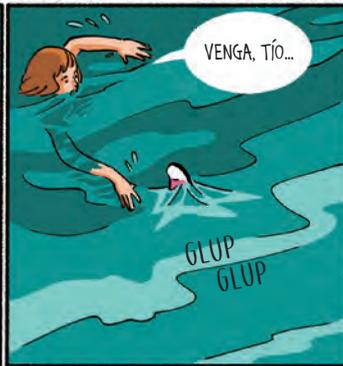


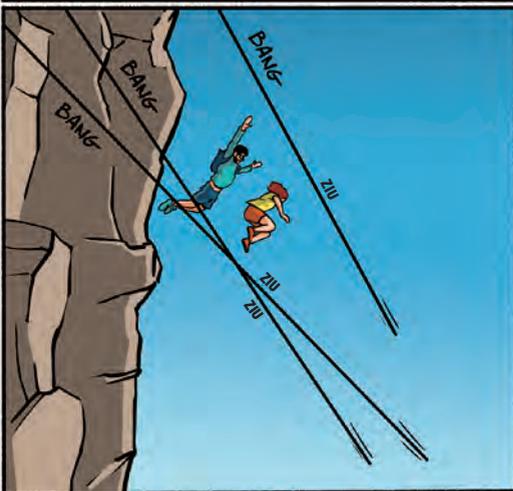
PLAF



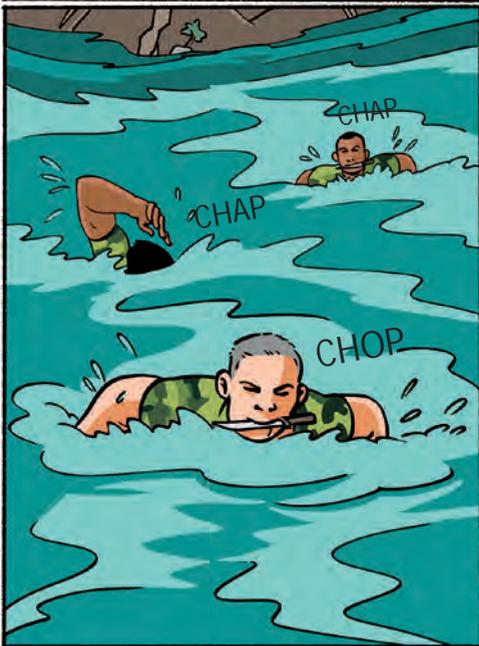
S
A
C
P
S
H
S
A
C
P
S





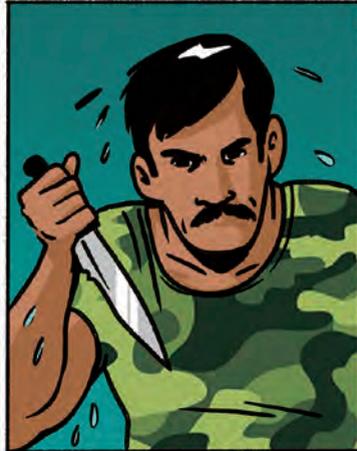


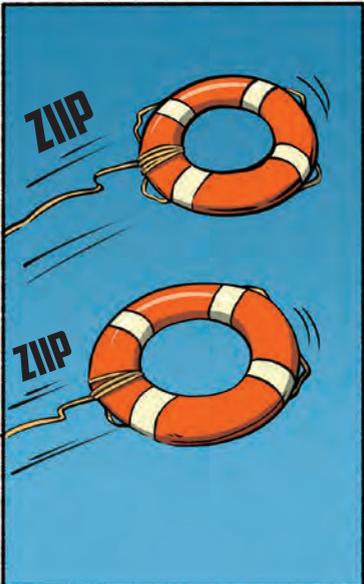


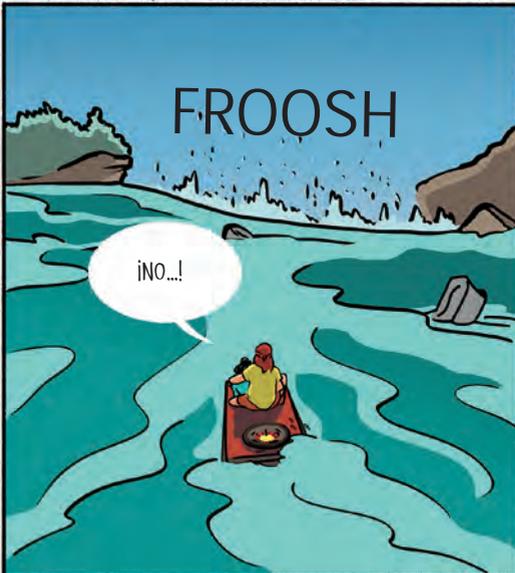
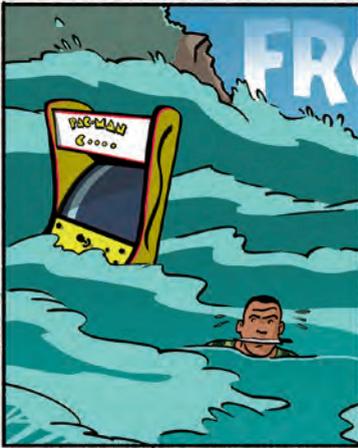




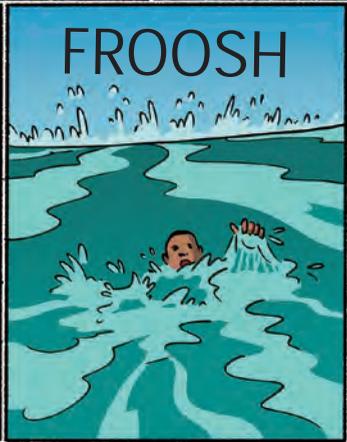


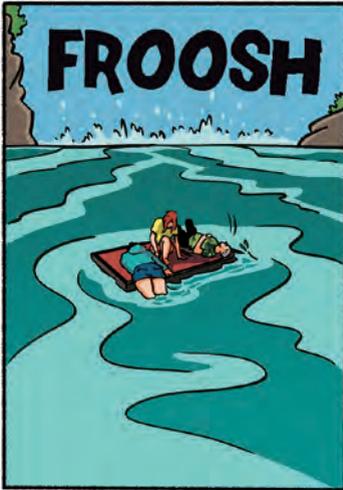


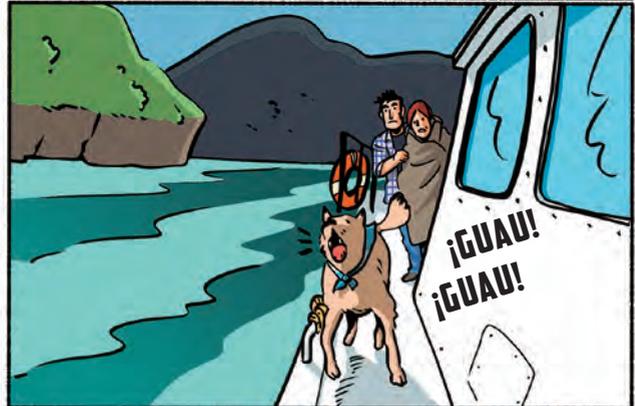


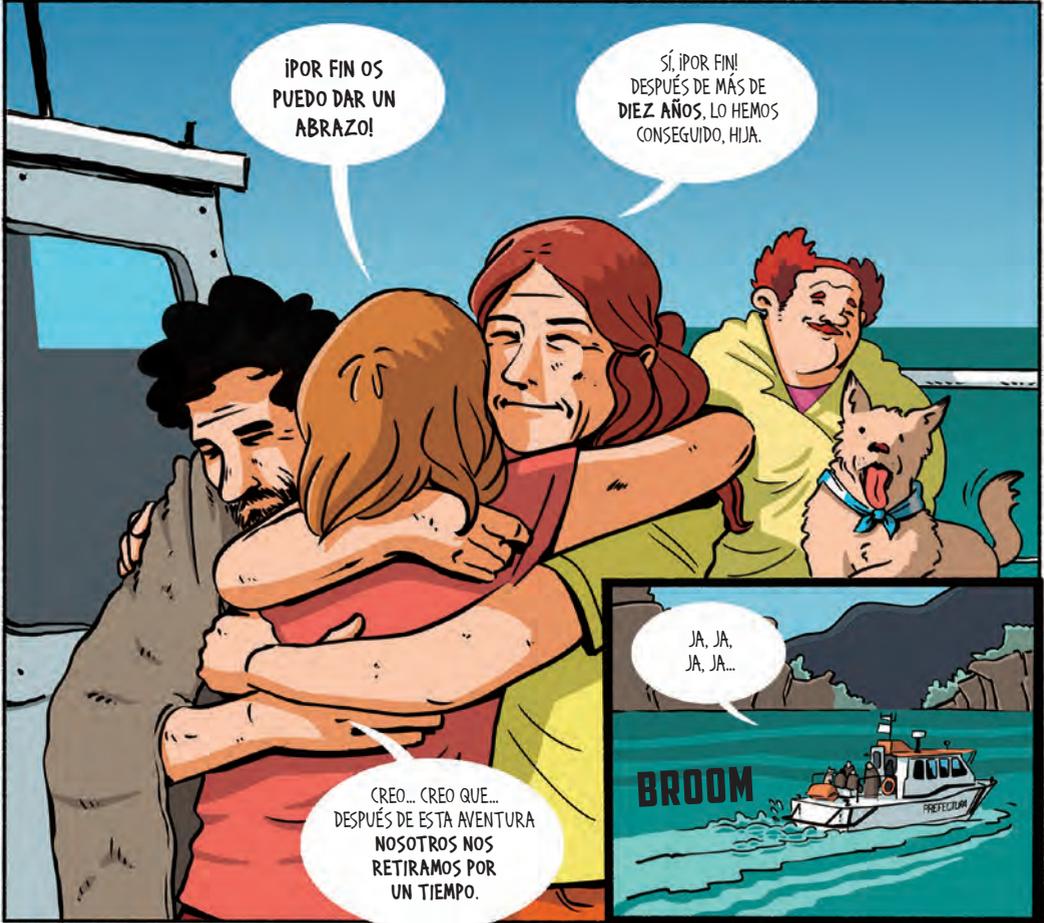








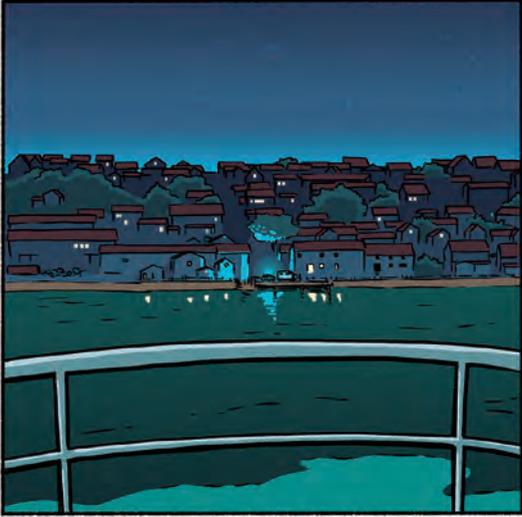




MÁS TARDE...







¡HOLA, FAMILIA!
¡CHE, SABÍAMOS DÓNDE
ESTABAN, PERO LLEGAMOS
TARDE!



CUANDO APARECIMOS, LA
SEÑORA MULLIGAN YA HABÍA
OBLIGADO A SALTAR A SUS
SICARIOS. SIN TANTOS HOMBRES A
SU LADO, FUE FÁCIL REDUCIRLA
Y APRESARLA.



VINE HASTA
ACÁ SOLO PARA QUE
LA VEAS, POR FIN,
ESPOSADA.

GRACIAS, DANIEL.
ANTES DE QUE OS LA
LLEVÉS...



¡MALDITA ARPÍA!
¡CASI LE CUESTA LA
VIDA A MIS PADRES!

AH, ¿SE HAN SALVADO?
PUES NO ERAN TAN BUENOS
ESTOS SICARIOS COMO ME
PROMETIERON... CON LO
CAROS QUE FUERON.





YO... LO SIENTO...
NO SUELO PERDER LOS
PAPELES DE ESTA
MANERA.

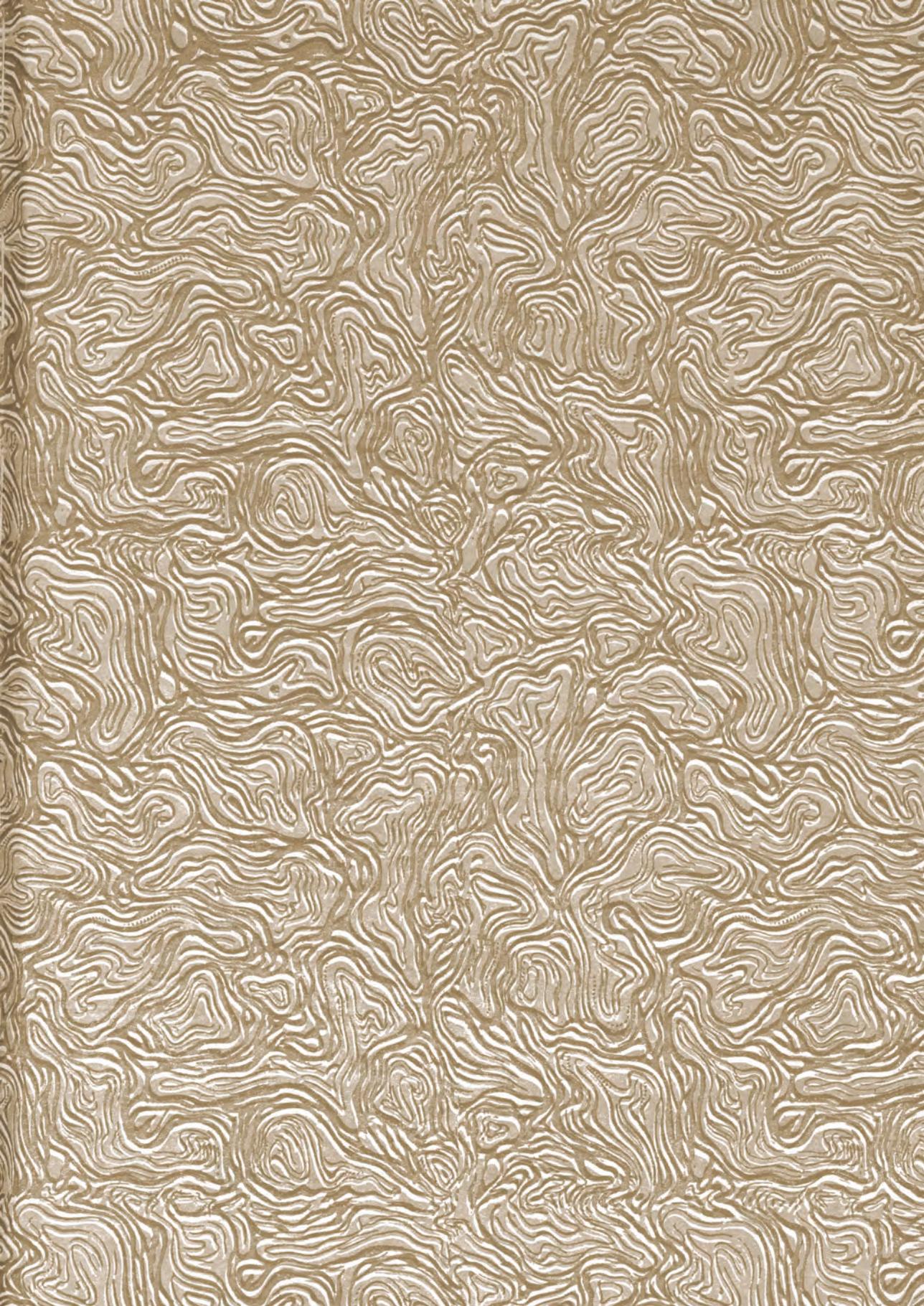
ME HAS DEJADO
DE PIEDRA. POR UNA VEZ
NO HE SIDO YO EL QUE HA
ESTADO FUERA
DE LUGAR.



NO TE AGOBIES POR SUS
PALABRAS. TIENE TANTOS
CARGOS ENCIMA Y TANTAS
PRUEBAS EN CONTRA QUE ESTARÁ
EN CHIRONA MÁS DE LO QUE ELLA
SE ESPERA.



ESO ESPERO,
AMIGO...





CORONEL FERDINAND VON WANDERSCHNEIDER

Cierro el cuaderno recién dibujado por Anna y emito una leve sonrisa irónica que Anna capta enseguida. Aunque han pasado casi tres meses desde que pasó todo lo contado en el cuaderno, como siempre, la descripción de la acción y de los detalles es asombrosa, no puede estar mejor dibujado. Anna, con Matilda ronroneando en su regazo, se impacienta ante mi silencio.

–Bueno, tío, ¿qué te ha parecido?

–Bien, bien, no está mal –le digo mientras abro un bote de comida para gatos para Matilda.

–¡¿No está mal?! ¡¿Sabes lo que me ha costado dibujar todas esas plantitas y toda esa agua?! ¡No sabes lo difícil que es dibujar el agua! –dice visiblemente enojada.

–Que era broma, Anna. Está genial, como siempre –le digo riéndome a mandíbula abierta.

Matilda, en cuanto ha oído el clásico sonido de abrir el bote, se ha bajado de los brazos de Anna y ahora viene hacia mí a que le llene el cazo con su comida. Anna coge el cuaderno y lo abre. Se queda ensimismada; supongo que se ha puesto a recordarlo todo. Desde que desaparecieron sus padres en la mansión Gris en 1975, hasta el día de hoy, han pasado más de diez años, que se le deben de haber hecho larguísimos.

–Por fin todos en casa, ¿eh? –le digo secándome las lágrimas que me han salido de tanto reír.

–En el hospital, más bien –me dice seria.

–Bueno, Anna, no te agobies por eso. Están totalmente fuera de peligro y lo único que necesitan es reposo. Y nosotros, después de esta larga aventura en América del Sur, también.

–Sí, tienes razón. ¿Te das cuenta de que si no hubiera encontrado aquellos cuadernos de mi madre no habríamos podido salvarlos? Fue una suerte encontrar el primero en aquel sótano y que Geraldine tuviera el segundo cuaderno en su poder –dice Anna con la mirada perdida. Sé que detesta que el azar la ayude a resolver los casos.

–No, no estoy de acuerdo, Anna. Creo que, tarde o temprano, habrías acabado por descubrir el rastro de tus padres en los tejemanejes de la señora Mulligan y los habrías salvado igualmente, estoy seguro.

Matilda, después de comerse el bol entero, se ha subido de nuevo al regazo de Anna y se ha puesto a ronronear como si no hubiera un mañana. Yo aprovecho para abrir la nevera y sacar un trozo de queso de bola y una pieza de sobrasada picante de Mallorca que no puede estar más buena. Con un par de galletas saladas, me preparo un manjar.

–Sí, es posible. O los hubiera dado por muertos y habría pasado página. Todo es posible –dice dejando el cuaderno en la mesa y acariciando a Matilda detrás de las orejas, que es donde más le gusta. Luego, Anna se estira para desentumecerse mientras bosteza. Ni con eso se ha bajado de su regazo la gata, que se aferra al pantalón de Anna sacando las uñas.

–¿Te preparo algo de comer? –le digo al darme cuenta de que no le he ofrecido parte de mi manjar.

–No, tío, no hace falta. Enseguida me voy a ir a recoger a Bloom de la peluquería y a visitar a mis padres al hospital. Ya cenaré a la vuelta.

De pronto la conversación se interrumpe por el sonido del timbre de la puerta y yo no puedo evitar sobresaltarme un poco. La última vez que sonó cuando no me lo esperaba, apareció un falso detective con bigote de pega en esta cocina y yo acabé jugándome la vida entre Chile y Argentina corriendo por dentro de una montaña en mitad de un terremoto. Del susto, se me ha

caído la galleta con la sobrasada y el queso, y, como no podía ser de otra manera, ha caído boca abajo. La recojo antes de que Matilda, que, al ver comida en el suelo, se ha bajado corriendo de las piernas de Anna, se lo zampe. Soplo un poco sobre el queso que se ha ensuciado y retomo el manjar.

–¿Abres la puerta, tío? Es tu casa –me dice Anna.

–Ay, sí, voy, voy. Se me había olvidado. Aunque seguro que es para ti. Siempre lo es –le digo.

Recorro el pasillo de casa hasta la puerta de entrada. A través del cristal translúcido del ojo de buey de la puerta, se define una figura fuerte y esbelta, y yo no puedo evitar pensar que se avecinan problemas. Aunque, donde yo veo problemas, Anna y sus padres ven aventuras, todo depende del cristal con qué se mire; en este caso, nunca mejor dicho, por lo del cristal. Abro la puerta y un señor de unos cuarenta años, con el pelo rapado al uno, alto y fornido, de aspecto militar, me recibe serio. Sus ojos azules como el cielo me miran profundamente y no puedo evitar que me intimiden un poco.

–¿Serr esta la casa de la detective Anna Dédalus? ¿Ella estarr? –dice con un fuerte acento ruso o alemán.

–Sí, sí, pase, señor...

–Corrronel Ferrrdinand von Wanderrrschneiderrr, a sus órrrdenes –dice cuadrándose un poco y, creo, no estoy seguro, juntado los talones. Solo le ha faltado llevarse la mano a la sien y hacer el saludo militar.

–Pase, pase, coronel. Ahora enseguida aviso a Anna –le digo abriendo más la puerta y dejándole un hueco para que entre hacia el interior de la casa.

–Puede llamarrme Ferrrdinand, señórrr Eugene –dice al pasar por delante de mí. ¿Cómo sabe este hombre mi nombre? Bueno, si lo pienso bien, tampoco es tan difícil: casi siempre acompaña a Anna en sus casos; es bastante normal que la fama a mí también me preceda.

Las botas militares del coronel resuenan en el suelo de parqué del pasillo de casa. Lo invito a entrar al comedor y voy a buscar a Anna. Ella, en la cocina, me recibe con una mirada interrogativa y con la gata en brazos de nuevo. Le explico que han venido preguntando por ella y el aspecto que tiene el visitante; y la aviso de que no me da buena espina.

–Si me tuviera que fiar de tus premoniciones, no habría aceptado ningún caso en toda mi vida, tío –me dice mientras intenta hacer bajar de sus piernas a Matilda, que se niega rotundamente y se aferra a los pantalones con las uñas sacadas. Anna, que ya la conoce, le rasca un poco detrás de las orejas y, cuando la gata se relaja, la coge por las axilas y la deposita con cariño en el suelo. En cuanto Anna se levanta, la gata se sienta en la silla recién abandonada aprovechando el asiento calentito y empieza a lamerse las patas para lavarse la cara, preludio inequívoco de una siesta intensa.

–Mmm, casi se me olvida, tío. Hay que ir a recoger a Bloom, ¿puedes ir tú?

–Pues es que yo también me quiero enterar de lo que habláis. Me ha picado la curiosidad –le digo sinceramente.

–Ja, ja. Te entiendo a la perfección. Pues entonces llama al primo Elías y dile que vaya él a por Bloom –me dice Anna al pasar por mi lado.

–Cuenta con ello.

Acompaño a Anna hasta el comedor y hago las pertinentes presentaciones. En cuanto entramos, el disciplinado coronel se levanta de inmediato, como si tuviera un resorte debajo del trasero, y saluda a Anna.

–Encantado de conocerrla, señorrrita Dédalus. Su fama la prrrrecede –dice el coronel ofreciendo una mano a Anna y más recto que una escoba.

–Igualmente, coronel Ferdinand. ¿A qué se debe su visita? –contesta Anna estrechando la mano del militar.

-Tengo una misión para ustedes, señorita. Tengo un gran misterio en los Urales y creo que solo usted y sus padres lo pueden resolver.

¡Los Urales! Como me temía, se avecinan problemas (o aventuras). Otra vez nieve, misterio y casos sin resolver. Espero que esta vez no sea porque han visto a un ser extremadamente alto y extraño corriendo entre las nieves. Aunque la experiencia con el E. T. puedo decir que fue satisfactoria, de momento ya he tenido suficiente dosis de extraterrestres por una temporada.



Otros títulos de la colección:



Texto: Miguel À. Giner Bou

Dibujos: Núria Tamarit ·

Xulia Vicente



Texto: Miguel À. Giner Bou

Dibujos: Susanna Martín